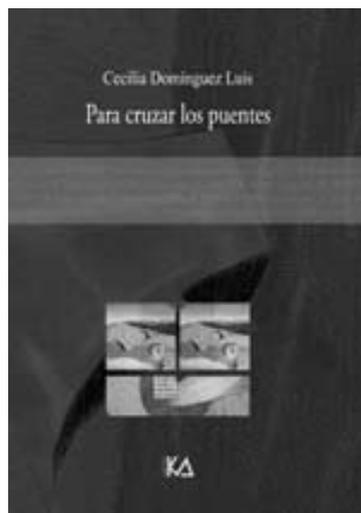


JUAN JOSÉ DELGADO



PARA CRUZAR LOS PUENTES, DE CECILIA DOMÍNGUEZ

El poemario *Para cruzar los puentes* debió merecer más pronta fecha de publicación. Años ha llevado en el reino del injusto paréntesis. EdiciónKa le pone hoy por fin remedio y lo saca de las telarañas del limbo. Se apunta este pecado editorial porque en los poemas laten las incertidumbres que acompañaron a una autora con conciencia o con el presentimiento de un mundo en vísperas de un cambio de siglo y de milenio. Una conciencia que, sin embargo,

no sucumbe frente fatalismo milenarista. Muy al contrario, y a la ofensiva, emprende la salvaguarda de los signos que aún atesora la vida humana.

Los poemas de Cecilia Domínguez son poemas órficos. Pasan a ser revelaciones de un ser que se siente constructor de un universo indeterminado y extenso. Ése es el espacio en el que quiere residir y habitar siquiera por unos instantes; en esos plenos instantes que van de la nada hasta el naciente y el poniente del poema. Con versos así

se produce siempre la revelación de un mundo que, con anterioridad a la voz poética, o no estaba, o estaba dormido.

La poeta no toma en este libro una posición contemplativa. Se ha decidido por la acción. Con esa actitud emprendedora inicia un viaje poético que no es la mera traslación de un punto a otro punto de un espacio físico. Cuenta más la fuerza impulsora del viajero que, en una decidida acción de búsqueda, encontrará el cambio en una definitiva y necesaria transformación del ser.

Hay un complejo de experiencias incesantes las cuales, aunque heterogéneas, van cristalizando y unificándose en un protagonista al que la autora ha decidido mostrar con la figura de un guerrero. La elección de un batallador no es, en modo alguno, arbitraria. Todo guerrero es símbolo de un centro que fluye y avanza; y este guerrero persiga de los épicos días de antaño procurará internarse y conquistar los cuatro territorios cardinales. Ocurre que, al tiempo que se dispersa por el mundo, va ganando con lo vivido una íntegra y nueva vida. Ha emprendido una travesía que le permitirá no sólo discurrir por distintos espacios sino, también, avanzar por diferentes estados de conciencia. Saboreará o lamentará los diversos momentos que transcurren en toda existencia. Deberá interpretar los enigmas, leer los símbolos que le ofrecerá la Naturaleza, brindar por su primera muerte y por todos sus renacimientos, penetrar en bosques o en lluvias y vencer la sombra, guiar ejércitos para con-

quistar ciudades; podrá acariciar, soñar o rendir su vida a otro cuerpo.

El puente no es estancia ni morada, significa tránsito pasajero: es un espacio simbólico, una situación de paso peligroso. Todo puente suscita y contiene interrogantes: De dónde partimos, adónde vamos, qué deseamos conquistar, eliminar o cambiar. El puente pondrá siempre al guerrero en situación de apuro pero con opciones; podrá decidir: detenerse e inmovilizarse, rechazar el puente y regresar a la involución, o avanzar por el colgante trayecto y alcanzar la otra orilla, ese nuevo estado que le procurará la apetecida transformación.

El título del poemario, *Para cruzar los puentes*, ha aislado una proposición final. Ciertamente una elipsis la antecede. El poema prólogo expresará sin reserva el contenido de la suprimida proposición principal: es la voz, serán las palabras el salvoconducto que, como conjuro, le permitirán cruzar los puentes.

Cecilia Domínguez alza la imaginación para entregarnos un mundo visionario y de apariencia legendaria. Su voz es la voz del bardo que muestra, con refinamiento, una experiencia poética que no acepta el yugo del tiempo presente. Se sumerge en la ensoñación con el propósito de salir del mundo real, situarse más allá de cualquier época o país y hacer de sus presentimientos y deseos un cuerpo poético.

La poeta parece evocar el antiguo canto de una vida heroica. Para ello

crea un mundo que, aunque de apariencia épica, promueve la expresión de sentimientos y tonos líricos sumamente nostálgicos. La poeta tiene en sus manos un supuesto manuscrito persa en el que se relata la vida de un antiguo guerrero. Se busca rebasar la duración de una vida humana y crear momentos perdurables y fuera del tiempo. Esa inclinación hacia lo intemporal va deslizándose hacia los espacios del mito. Con la recurrencia del mito se pretende una nueva reordenación del mundo. Es un modo de reorganización subjetiva que sobrepasa los tiempos verificables así como las circunstancias particulares que pesan hoy en la existencia humana.

La poeta establece una correspondencia entre su mundo de dentro y la naturaleza. Ha sido siempre uno de los sellos poéticos que identifican a la autora. Mundo o universo envía hasta el sujeto poético todos sus agentes; agentes propicios o adversos: el viento que separa y aleja; la noche que calma y pide silencio; la llama que enciende pasiones; el mar que sirve de lecho. Hay una relación del yo con las cosas; y se busca ese punto de encuentro porque en tal comunión se halla la plenitud. Se siente lo pleno a pesar de tener un punto de partida marcado con las sombras de la *ausencia* y de la *soledad*. Ausencia de alguien que no tuvo vida porque no es real, porque es sólo imagen de lo que se espera; imagen de sentimiento o imagen de idea. Es un ansia de imágenes ideales: de amaneceres, de vida nueva,

de vida que junte los labios del amante con el del amante que espera. Alguien piensa en el camino y siente ausencias y anhelos. Sentimientos cruzados el de la nostalgia por la ausencia y el de la ansiedad por la llegada.

Si el poemario cuenta con la figura de un guerrero, el guerrero no ocultará su identidad de amante. Un amante en permanente transmutación y nadando entre las sensualidades del cuerpo o las ensoñaciones del alma. El amor puede ser también momento ensoñado por un ser que ha de construir el cuerpo de la amada a la imagen siempre inconcreta de su deseo.

El acto de amar puede ser la expresión, paradójicamente, de un anhelo irrefrenable de morir y disolverse en el objeto de deseo. La amada se vuelve así un símbolo del nuevo yo que ansía alcanzar. Se ofrecen en gavilla las paradojas. Así, la guerra puede ser una manifestación de defensa de la vida; la acción necesaria para que la luz quede restaurada. Los místicos hacían de la noche oscura el punto de partida desde donde se encaminaban hasta un punto en el que el amor unía. Amor que a veces era herida, como en un combate. Guerra y amor pueden ser por igual asuntos místicos.

En *Para cruzar los puentes* la pasión amorosa nace del deseo de encontrar un cuerpo. Por ello se va creando la imagen de ese "otro" que está siempre más allá de sí mismo y siempre por encontrarse. La búsqueda se hace tan inevitable como compulsiva. Cuando se es vícti-

ma del deseo, el poeta suele expresar su agitación pasional como una agonía, de manera violenta y vehemente. Sin embargo, Cecilia Domínguez procura que el deseo amoroso, aun siendo imperativo, se deslice en medio de una corriente de suaves paisajes. Su deseo amoroso se vuelve igualmente viajero: se interna en los bosques, traspasa mares, noches y día, cruza puentes para conseguir el cuerpo imaginado. La imagen de la amada entra a ser afán de conquista. La amante se halla en algún punto del camino y en algún momento de la aventura. Es un espacio inconcreto y presentido hacia donde se encamina el guerrero.

La inquietud del viajero lo lleva a adentrarse en lo desconocido, entrar para saborearlo y vivirlo de la manera más intensa. Y la poesía entiende que puede ser el amor lo que depare las más deleitables sensaciones vitales. El acto amoroso puede consumarse, pero será flor de horas y que siempre tiene como frontera una concreta y profana realidad. En el libro se manifiesta que el rito de amor es un acto de plenitud. Es un rito porque se sale de lo profano, de lo cotidiano. Es pleno porque en él se destaca el signo de la existencia auténtica. Como también es poético, porque el misterio que ronda todas las cosas, la variedad de los elementos que se presentan y se han presentado en todas las edades de la Humanidad, todos y cada uno, responden por igual a la llamada del amor. Es el lazo soterrado que co-

munica e identifica lo que ha sido diferente.

Pero nada de ello sin lo poético. La poeta ha decidido que las palabras son el pasaporte para cruzar los puentes. Si el guerrero no ha aceptado la sumisión, el poema tampoco tolera sometimiento alguno. Se pregunta Cecilia Domínguez si el viajero podría ser trasunto de un yo que lo convierte en mensajera y responsable de un valioso mensaje. Sí, pero más: ese yo que viaja y guerrea y ama es el mensaje mismo, la esencia misma del poema. En *Para cruzar los puentes* las palabras poseen las cifras propias de un conjuro, son fórmulas mágicas que se escriben con el fin de conseguir lo que se anhela, instigado por algo que mueve al ser hacia otra parte.